

RECUERDOS DONOSTIARRAS

SORRÓN

Era un angel!

Su figura moral y física digna, dignísima de ser tratada, en páginas de oro, con toda aquella dulzura artística de un Alfonso de Lamartine.

El cura Sorrón, sólo fué una alma generosa, inmaculada; sólo conocida por otra alma, grande también, por el pueblo.

No habrá ningún donostiarra, de alguna edad, que no haya pronunciado nombre tan bendito.

Por el voto de una generación, la ciudad de San Sebastián, hubiérale dedicado ya el laurel glorioso, bajo cuyas hojas, habían de descansar los restos sagrados del insigne sacerdote.

«Haz bien y no mires á quien», era la práctica de Sorrón.

Su mesa era la misma por Cuaresma que por Pascuas: su tristeza mayor era aquellos días que no le era posible compartir con el prójimo pobre.

Pero su corazón se satisfacía cuando, por cualquier caso, el estipendio era mayor, porque entonces, ¡podía subir más guardillas y visitar más necesitados!

Con más de ochenta años de edad él mismo buscaba al pobre.

En cierto periodo maldito, sólo quedaron en nuestra población dos ó tres sacerdotes,

Uno de estos señores, con los ojos llenos de lágrimas con la palabra entrecortada por el dolor que le causaba el acto, decía;

—Dios mío! ¡Dios mío! Yo concibo que la carrera del clero debe ser algo grande, excelso...!

Hablaba Sorrón que, compungido, comentaba lo sucedido.

Los días que tuviese entierro ó dejavela ú otra función de iglesia que produjera nuestro santo varon ya estaba en disposición de apretar las manos de los pobres.

En su manera de ser, indudablemente, existía cierta grandeza celestial, algo que no alcanzaban otros espíritus.

Era un día de riguroso invierno y acercósele, descalzo, implorando en estos términos un pobre: ¡Una limosna en nombre de Dios!!

El angelical Sorrón detúvose, miróle con todo el cariño del alma, quitóse sus zapatos y se los puso al pobre, dándole las únicas monedas de que era poseedor.

Sorrón llegó á casa descalzo. ¡¡Aquel día sólo comió pan de ofrenda que oportunamente le mandó la parroquia...!!

.....

Es imposible, en las dimensiones que ofrece un artículo, exponer cuanto brotó de aquel inmenso corazón.

Por fin llegó el día fatal.

el vecindario donostiarra se ha reunido en la calle del Puyuelo.

El batallón de voluntarios de La libertad llega también al mismo sitio, y entre cuatro individuos pertenecientes á dicho cuerpo, bajan un féretro de la casa número 28.

¡¡Es el cadáver de don Felipe Neri de Sorrón!!

*
* *

Era un angel.

Por eso, después de su último suspiro, nadie dijo «HA FALLECIDO», sino que todos, con la mirada arriba, y con las manos en cruz sobre el pecho, exclamaron: «¡SORRÓN HA SUBIDO AL CIELO!»

F. LÓPEZ-ALÉN.

